

# LA GUERRA

## Y LA

### DEMOCRACIA ANGLO-AMERICANA

POR Teodoro DREISER

¿Por qué se quiere llevar a los Estados Unidos a la guerra? Esta pregunta, que es el gran tema central de la obra de Dreiser, comienza a ser examinada en el Capítulo Cuarto que ahora publicamos parcialmente. ¿La obsesión que domina a los gobernantes yanquis—a los de hoy como a los de 1917, que por desgracia son casi los mismos—empujándolos a la guerra, qué origen tiene? ¿Será que hay, realmente, el deseo de salvar a la humanidad? ¿O la verdadera causa es otra y sólo se trata de palabras puritanas—hipocresía bien vestida—para disfrazar los móviles auténticos?

#### CAPITULO CUARTO

### ¿Tienen los Estados Unidos un Complejo de "Salvadores del Mundo"?

El 2 de abril de 1917, el Presidente Wilson, en medio de una atmósfera cargada de emoción, se levantó y lanzó sobre el Congreso de los Estados Unidos este chaparrón de nobles palabras:

"Es una cosa terrible tener que llevar a este gran pueblo a la guerra, a la más tremenda y desastrosa de todas las guerras, en la que la civilización misma parece estar en la balanza. Pero el derecho es más precioso que la paz, y vamos a luchar por las cosas que hemos llevado siempre más cerca del corazón: por la democracia, por el derecho de aquellos que se someten a la autoridad para tener una voz dentro de su propio gobierno, por el derecho y las libertades de las naciones débiles, por el reinado universal del derecho mediante un acuerdo de los pueblos libres que asegure la paz y la seguridad de todas las naciones y que, al fin, haga de este mundo, un mundo libre".

Veintitrés años más tarde, el capitán Eddie Rickenbacker, que fué uno de los que tuvieron que ir a matar a otros por el derecho y la democracia y la libertad y la paz, y que tuvo la buena fortuna de no ser asesinado por los otros rivales que, a su vez, reclamaban ser los directores representantes de la autoridad divina, escribía:

"La terminación de la guerra mundial y los acontecimientos subsiguientes nos han desilusionado y nos han hecho comprender que tanto los vencedores como los vencidos en el conflicto, tenían que sufrir las consecuencias por igual.

"Millones de hombres no tienen ocupación: miles de millones de dólares se están pagando por impuestos adicionales; los hospitales se hallan aún plétóricos de millares de veteranos, inválidos física y mentalmente, antes la flor y nata de los americanos.

"Su costo para el mundo fué, aproximadamente, de 250,000,000,000 de dólares. Con esta enorme cifra podríamos haber construido hogares con un costo de 2,500 dólares cada uno, sobre un lote de cinco acres y con un valor de 100 dólares cada acre. Podríamos haber equipado cada uno de esos hogares con un mobiliario por valor de 1,000 dólares para cada una de las familias de Rusia, Italia, Francia, Bélgica, Alemania, Gales, Escocia, Irlanda, Inglaterra, Austria, Holanda y los Estados Unidos.

"En todos esos lugares podríamos haber dotado a cada grupo de 40,000 personas o más de una biblioteca de 2,000,000 de dólares, un hospital de 3,000,000 de dólares y de una universidad de 10,000,000 de dólares. Y si el resto se hubiera invertido se habría obtenido un interés de 5 por ciento anual suficiente para pagar un sueldo de 1,000 dólares por año a cada uno de los 125,000 profesores de las universidades y a cada una de las 125,000 enfermeras de los hospitales".

Directa e indirectamente, agrega Rickenbacker, los Estados Unidos sufragaron, aproximadamente, una quinta parte del costo total de la primera guerra mundial. Si hubiéramos permanecido alejados de ella, como pocos niegan ahora que debíamos haberlo hecho, habríamos tenido para pagar una quinta parte del programa trazado poco antes, con el dinero que la guerra nos costó. Podríamos haber tenido todos esos hogares amueblados, todas esas bibliotecas y hospitales y universidades en nuestro propio país, y aún nos habrían quedado unos cuantos miles de millones para ayudar a la reconstrucción de Europa.

De todo eso disfrutáramos—si los americanos no hubieran tenido entonces, como siempre han tenido y siguen teniendo aún, a pesar de semejante lección tan cara y dolorosa—, un complejo de salvadores del mundo.

Somos un pueblo peculiar y aparentemente perverso. Balzac dijo alguna vez que los millones de chinos muertos por el hambre o la peste no significaban nada para el término medio de los occidentales, en comparación con un dolor de cabeza de alguno de ellos. Tal cosa es más o menos exacta en todas partes, excepto en los Estados Unidos, donde acontece precisamente lo contrario. Nuestros corazones sangran por los chinos. Y hemos disfrutado de esta sensación en la medida en que hemos aprovisionado al Japón con el hierro y el petróleo necesarios para que sus aeroplanos, desde las alturas, puedan atacar a los chinos; más efectivamente y torturando un poco más. Y esto ha hecho sangrar nuestros corazones más copiosamente que nunca. Volviendo los ojos hacia lo más recóndito de nuestro ser, nos sentimos agobiados con nuestra benevolencia.

En aras de hermosas palabras abstractas, como las de Democracia y Cristiandad, damos vida a nuestra ley de Salvación Nacional. La sola idea de todos los infelices que viven en las remotas tierras tropicales nos da insomnio, y el no dejar de pensar en ellos lo consideramos nada menos que como nuestro deber. Pocas cosas han conmovido más a Estados Unidos que el regreso de las Islas Marquesas, de Herman Melville, el gran novelista americano de hace cien años, que llegó diciendo, sin recato alguno, que no sólo no había hecho nada para salvar a los marquesanos sino que en realidad admiraba su sistema de vida. Si Melville hubiera intentado allegarse recursos para costear un cuerpo expedicionario salvador, se habría convertido en un héroe, aunque sus conciudadanos habrían buscado el modo de negarse a contribuir. Pero lo que queríamos no era un autor sino un misionero; por ello matamos a Melville como escritor, tratándolo como si fuera un apestado.

\* \* \*

Por haber tenido al principio un país rico y aún no totalmente explotado, ciertas grandes preocupaciones de los norteamericanos pudieron desviarse hacia otros continentes. Nació la ilusión—que Wilson encarna, tanto en lo sublime como en lo ridículo—de sentirse salvadores del mundo. El autor apunta cómo llegó a su fin esa etapa de juventud.

\* \* \*

Había una sola cosa, sin embargo, que los norteamericanos no estaban dispuestos a salvar: la parte del pueblo norteamericano que vive oprimido por la organización financiera. No es sino hasta los últimos años, cuando empieza a sentirse simpatía por nuestros oprimidos y hambrientos. Y esto no debe atribuirse a que seamos un pueblo falto de corazón. Por el contrario, somos un pueblo genuinamente caritativo.

Es, simplemente, un asunto de mera geografía. La geografía hizo de Inglaterra la cuna de la era industrial y de la revolución contra el feudalismo. La geografía dio a los norteamericanos su preocupación patológica sobre la cristiandad en China, la democracia en Cuba y la democracia en Europa: grandes causas abstractas por las cuales estamos dispuestos a dar y luchar sin detenernos a reflexionar quiénes son los verdaderos aprovechados y sin pensar que estas cosas no pueden imponerse desde fuera. La geografía, en cambio, nos ha hecho insensibles a los males y miserias de nuestro propio pueblo.

¿Cómo pudo ser esto? Los Estados Unidos de nuestros padres y abuelos—que habían logrado escapar de la guerra y la tiranía de sus respectivos países—eran una tierra de promisión inexplorada y con suficiente riqueza para todos. Europa se hallaba tan lejos—los medios de transportar eran entonces tan lentos—que parecía estar en otro mundo. Norteamérica era tan extensa y tan nueva, que hasta hace unos cuantos años, cuando yo mismo estaba en la escuela, existían posibilidades de enriquecerse rápidamente hasta para el más humilde de los ciudadanos. En el Oeste había tierras aún inexploradas. Todavía flotaba en el ambiente cierta especie de extasiación por descubrir cuál era el modo más fácil de hacer fortuna. No importaba que las cosas se fueran poniendo mal, no importaban los sufrimientos de millones de seres de las ciudades del Este, como no importaba, tampoco, la escasez de satisfacciones materiales de millares de seres, mientras existiera un vigoroso impulso, hijo de la abundancia mental. Además, el cielo estaba allí, a 800 millas hacia el Oeste.

Y el pueblo que sentía esta abundancia mental era un pueblo fundamentalmente sobrio y religioso, que creía sinceramente en el Sermón de la Montaña. Aún no se conocía la necesidad en el sentido europeo: la pobreza y la degradación, insostenibles por su sentido de desesperanza. Aquí todavía no se perdía la esperanza, aunque todos sabían por haberlo escuchado de labios de sus padres, que al principio había pasado lo mismo en los viejos países europeos; y cuando oían hablar de los terribles sufrimientos que se padecían allende los mares, se sentían inclinados no sólo a la piedad, sino a dar algo en acción de gracias por haber podido escapar hacia la tierra de pro-

# UN VUELO Y DOS TEORIAS

## ¿Qué Significa el Viaje de Hess?

Han transcurrido cerca de dos semanas desde aquel sábado 12 de mayo, en que ya entrada la noche aterrizó en Escocia, utilizando un paracaídas, el líder nazi y testarudo personal de Hitler, Rodolfo Hess. Sin embargo, contra lo que se ofreció oficialmente en los primeros momentos, nada se ha dicho en firme, por parte del gobier-

no inglés, que defina los propósitos del extraño visitante, las causas reales de su salida de Alemania y—lo que sería de mayor interés—el efecto práctico que sobre el desarrollo de la contienda pueda tener esta romántica y misteriosa aventura—si es que en verdad algún efecto ha de atribuírsele.

COMBATE, como es fácil comprender, no se interesa por los aspectos puramente novelescos, de intriga desconcertante y fantaseo caprichoso, del viaje de Hess. Para este semanario, fuera del significado político del acontecimiento, lo único que cabría admirar, muy por encima de los nazis y de la policiaca personalidad de uno de los más fieros matones que rodean a Hitler, sería el incuestionable progreso de la aviación que acusa la jornada. Hess no merece admiración desde nuestro punto de vista. En cambio la calidad del aparato que usó en su vuelo, la eficacia de todos los instrumentos que empleó, en una palabra, el grado de progreso científico que deja ver un hecho semejante, sí nos interesa y nos preocupamos por hacerlo comprender a nuestros lectores.

Para COMBATE, pues, lo que vale la pena de aclarar en todo este montón de conjeturas, rumores, contradicciones y noticias incompletas, es lo siguiente:

1.—¿Tiene algún significado importante la visita de Hess a Inglaterra?

Y si la respuesta es afirmativa, —2.—¿Cuál es la hipótesis más verosímil entre las diversas que explican la aventura?

Así planteadas las cosas, se percibe pronto por qué nos interesan y no pueden dejar de interesarnos.

Desde luego hay que comenzar desechando todas las teorías que se basaban en la locura de Hess o en su fuga precipitada de Alemania a espaldas de Hitler y por el temor de que éste lo asesinará de un momento a otro. Esas versiones fueron candidamente lanzadas por los ingleses, a quienes la propaganda alemana—arrastrándolos hacia donde le convenía—engañó por completo. Bien pronto se arrepintieron y ya tres días después de la llegada del líder alemán, Londres se sacudió la hipótesis definitivamente. Hess no salió contra la voluntad de su jefe. Ni siquiera salió sin su consentimiento. Hay que buscar la explicación por otro lado.

En esta eliminación de las versiones favorables a Inglaterra, hemos visto repetirse uno de los hechos más característicos de la psicología británica—o mejor dicho, de la psicología oficial británica— a todo lo largo de los casi dos años de hostilidades. En este viaje de Hess, como en el hecho de que Hitler no hubiera empezado los bombardeos en gran escala al día siguiente de que estalló el conflicto, como en las primeras noticias sobre que en Noruega estaban intentando desembarcar los alemanes en marzo de 1940, como en la no-invasión de las islas británicas por los nazis al día siguiente de la caída de Francia, como en la entrada de Grecia y Yugoslavia a la guerra contra los alemanes, como, por último—aunque desde otros puntos de vista en primer término—en el caso de los diversos anuncios que ha venido haciendo Roosevelt en el sentido de que los Estados Unidos no dejarán que Inglaterra pierda la contienda; en el caso del viaje de Hess, como en todos los demás, la reacción oficial inglesa ha sido típica: "este hecho, dijeron los ingleses, es sintomático de la derrota próxima de Hitler."

Chamberlain immortalizó esas interpretaciones equivocadas, ese "hacerse ilusiones", cuando con seriedad de comerciante tras el mostrador, dijo a fines de 1939: "a Hitler se le fué el camión", queriendo significar que por no haber invadido Francia

misión. Si se hubieran hallado sometidos a dura opresión, o cuando la sufrían, hubieran llegado ya a perder toda esperanza, no se habrían preocupado. En las Repúblicas de Centro y Sudamérica con su tradición de peonaje, nadie se preocupaba.

Lo que no entendimos entonces—y que apenas comenzamos a comprender en la última década—es que la leyenda de la conciencia norteamericana es una historia que no puede continuar indefinidamente. Por lo que hace a la vasta mayoría, esa historia terminó, fatalmente, con la última pulgada de tierra libre en el Oeste, cuando toda la tierra fué acaparada por bancos y compañías y los pobres empezaron a tener contacto con ella, solamente en calidad de siervos. Para el hombre ordinario, desapareciendo las oportunidades de producir lo que sus necesidades fundamentales reclaman. Sólo en el campo de la distribución de la riqueza, en el de las finanzas y en el de la producción de artículos de lujo, quedaron abiertas las puertas. Como ya había sucedido en todos los países europeos, llegó el momento a partir del cual, el hombre creador, el que produce, se ve relegado al fondo de la sociedad, en tanto que el hombre que no produce—el que sólo vende—se halla abru-

en el acto, había perdido toda posibilidad de ganar la guerra, pues había dado tiempo bastante a los franceses e ingleses para prepararse y ser invencibles.

Y Churchill, meses más tarde tuvo también su frase napoleónica, interpretando la campaña de Noruega como "el mayor disparate cometido por Hitler en su vida", expresión que tuvo el acierto que ya todos podemos medir a estas horas.

El viaje de Hess sirvió también para dar salida a una de esas interpretaciones enfermizas, hijas de la "obsesión de la guerra ganada", que es tan definida en la conducta de los gobernantes ingleses y tan distinta de ganar la guerra en realidad. En el acto se dijo: "Hitler está a punto de caer, los nazis se hallan en plena descomposición, Hess viene huyendo de la crisis que ponía en peligro seguro su vida".

Tonterías, ilusiones, apreciación equivocada de los hechos reales. No más.

Por consiguiente, llegamos a una primera conclusión, que no por ser negativa es menos importante: el viaje de Hess no acusa un derrumbamiento interior de Alemania, no corresponde a esa causa y no es, por tanto, un hecho favorable a Inglaterra.

¿Cuál es, entonces, la explicación más plausible?

Hay dos que merecen recogerse como las más aceptadas y verosímiles.

Según una de ellas, a nuestro juicio la más fundada, el viaje de Hess es un acto de guerra de los nazis, es decir, forma parte del desarrollo de sus planes estratégicos contra sus enemigos, al igual que las campañas de propaganda por radio, los bombardeos de las ciudades o los hundimientos de barcos. Su finalidad, dentro de esa hipótesis, sería desconcertar al enemigo y en un radio más amplio impresionar a los espectadores, esto es, a todos los pueblos del mundo, para quienes lo hecho por Hess no deja de asumir proporciones caballerescas, de leyenda y fuerza misteriosa, que podrán explotarse más tarde si el curso favorable de la guerra lo permite. Ligada la estancia de Hess en Inglaterra con un ataque de invasión a las islas británicas, tendría el significado de colocar a Hitler en la romántica posición de un caballero medieval que dice: "ahí va mi espada, voy por ella".

Según la otra hipótesis, el viaje de Hess, más que un acto de guerra debería interpretarse como acto de paz. Ya porque tendiera a utilizar el contacto directo de Hess con los funcionarios ingleses, para el propósito de convencerlos de que deben rendirse por estar perdidos, ya porque, más directamente como acto de paz, Hess se encontrara en Inglaterra cumpliendo una misión que consistiría, en resumen, en proponer a los gobernantes británicos que lo que es hasta hoy una guerra se convierta en una alianza. Esta interpretación está ligada a la idea de que todavía a estas horas es posible volver a los planes originales de Munich en 1938, es decir, llegar a un entendimiento entre Inglaterra y Alemania, para descargar juntas el peso de la guerra contra la Unión Soviética.

Nuestros lectores no dejarán de percibir en el acto, que esta segunda versión, la de que se trata de un acto de paz, tiene más bien los caracteres de un buen deseo de quienes la formulan, que de una objetiva y válida explicación de la realidad. Obedece a esta idea íntima: ojalá que a quien le den sea a la Unión Soviética, no a los pobres ingleses.

Nuestros lectores, claro está, pueden decir lo que quieran. Pero si de lo que tratan es de entender, les recomendamos precaución.